



Imágenes de una sociedad que no ha cambiado nada

La otra historia de Armando de Ramón

FARIDE ZERAN

No es la de Encina o Eyzaguirre, ni aquella que exalta a O'Higgins, y menos la que se enseña en los colegios. Es una historia que dice que en los últimos 200 años nada ha cambiado en Chile en lo que respecta a una oligarquía que detenta el poder sin genio ni imaginación, pero con sentido común. Esto, con una democracia que no alcanza para mito, porque data sólo desde 1958, ya que antes imperaba el cohecho.

bó la cédula única. Antes no manipulaba el gobierno, pero sí los grupos de interés en las provincias. Yo vi el cohecho, y no soy tan anciano; me tocó ver en elecciones en el campo, cómo acarreaban a la gente y eso no es democracia. Un país que tiene una tradición idealista de democracia, pero que no es real en los hechos, es un país que evidentemente tiene una solidez, una estructura que a lo mejor explica estos éxitos de la izquierda que fueron notables a partir del año 38, con el triunfo de Pedro Aguirre con un margen muy escaso. Y ello fue posible porque no se siguieron comprando votos. Desde entonces, se hicieron sucesivos experimentos, cada vez más avanzados, hasta llegar al de Allende, que fue realmente el que echó por tierra toda esta estructura que se había construido.

—Este país se las trae en materia política y en ciertos clichés como nuestra sólida democracia, comparada con otros países de América Latina.

—Los demás países recién están teniendo un atisbo de democracia. México no la tiene, está tratando de tenerla.

—¿Somos más democráticos que el resto?

—De todas maneras

—¿Aún cuando nuestra democracia data de 1958?

Todo partió del libro *Ruptura del Viejo Orden Hispanoamericano*, el segundo tomo de una historia de América editada recientemente por la Editorial Andrés Bello, y escrita junto a Juan Ricardo Couyoumdjian y Samuel Vial. Pero no se trataba de la primera obra de Armando de Ramón, 67 años, casado, tres hijos, profesor de Historia de América de la Universidad Católica, y miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, del Instituto de Chile, y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Porque este abogado y sociólogo ha escrito decenas de libros y artículos, en una trayectoria exitosa que no ha doblegado un espíritu crítico desarrollado junto a su obra. Autor de *Santiago de Chile*, publicada en 1992 en Madrid, donde se aventura a narrar hechos recientes como el asalto a La Moneda, en 1973, Armando de Ramón es de aquellos que afirman que nació con amor a la historia. Sin embargo, cuando hoy debe seguir rindiendo tributo a tal devoción, mira hacia la literatura, en la perspectiva de puente que le permita no sólo investigar y relatar, sino también recrear con emoción.

—Entre sus numerosos trabajos destaca su investigación sobre algunas familias chilenas. ¿Por qué?

—He trabajado sobre tres o cuatro familias para completar una visión histórica de un período determinado.

—¿Para completar una visión histórica hay que estudiar a las familias? ¿Qué está indicando eso?

—Está indicando que hay una oligarquía aristocrática muy importante.

—¿Cuyos resabios aún persisten?

—Diría que no son resabios. La sociedad chilena en los últimos 200 años no ha cambiado nada. Incluso, todavía destacan los mismos apellidos que hace 200 o más años ya eran importantes. Sin embargo, en América Latina, a diferencia de Chile, las familias han tenido una renovación muy grande. Por ejemplo en Lima, la ciudad dos veces coronada, la oligarquía es un grupo de personas, en cuanto a familias, que no tiene ninguna relación con los fundadores. En cambio, si usted mira Chile, se encuentra con linajes como Errázuriz, Larraín o Irarrázabal que en 1557 llegó a Chile. Y son más de 400 años.

—¿Qué consecuencias tiene esto en la historia del país?

—En Chile hay una aristocracia que está medida en todas las instancias de poder que existen, ya sea sociales, religiosas o políticas. Lo que no ocurre en otros países de América Latina. Ni en México o Perú, que fueron los dos virreinos más exclusivos donde había títulos de nobleza, virreyes. Lo que remedaba más una corte europea era Lima y México, pero acá se da como si hubiese existido monarquía. Piense en Brasil donde hubo emperadores hasta 1889, y no queda nada.

—¿Y cómo un país tan oligarca puede permitirse ciertos experimentos sociales como el del gobierno del Presidente Allende, por ejemplo?

—Quizás por lo mismo. Yo creo que esta aristocracia tiene una gran virtud que le da la solidez social, que puede ser injusta en cuanto a discriminación o privilegios que no están reconocidos por la ley, pero que están reconocidos por la costumbre. Eso le da estabilidad, lo que permite que el país haga todo tipo de locuras. Creo que lo de la Unidad Popular fue en gran medida una locura, porque no se midieron las consecuencias. Los experimentos deben ser hechos, pero con un cierto margen de seguridad, y en este caso no existía, lo que fue una falla de los políticos. En todo caso, Chile fue el único país con una experiencia de este tipo en América Latina. Y no creo que una explicación sencilla, por ejemplo que este es un país de tradiciones democráticas, sea suficiente.

—¿Por qué?

—La democracia en Chile no tiene más antigüedad que desde 1958, cuando se apro-

“x”. El científico puro trabaja con leyes, con tendencias que se van comprobando siempre. Los historiadores no podemos trabajar con eso, porque el comportamiento humano es impredecible: no se repite nunca una cosa exactamente igual que la otra. Si usted junta un ácido con otro, produce un tercero. “A” más “B”, es igual a “C”. En cambio, en la historia “A” más “B” es igual a cualquier cosa. Si miramos así, la historia queda sumergida en su verdadera dimensión.

—¿Cuál?

—Es el relato del pasado, pero hecho por hombres del presente que no vivieron el pasado ¿Cómo va a ser una fotografía? Es imposible. Historiadores tan ilustres como don Francisco Encina hicieron una historia que realmente era un canto a sus ideas políticas, que eran conservadoras. Encina era liberal de partido, pero conservador de ideas en el sentido de que planteó una estructura modelo en que dijo: “Esta es la historia de Chile, y es una historia fantástica, maravillosa, tenemos que repetirla”.

—Pero en una parte del libro “Ruptura del Viejo Orden Hispanoamericano”, usted reivindica la historia de Eyzaguirre, Encina y de Alberto Edwards.

—Digo que son tres grandes historiadores, y que en la segunda mitad del siglo no los hemos tenido. Porque esos tres historiadores fueron capaces de hacer lo que verdaderamente hace un historiador: presentar al país un modelo de cómo ellos ven que ha sido la historia de un país determinado y decir “aquí tienen un modelo de lo que hay que hacer a futuro”, para no repetir sino sacar de la historia una serie de enseñanzas. ¿Usted cree que el modelo actual que se ha aplicado después del golpe militar no tiene estrecha relación con la interpretación histórica portaliana, inventada entre don Francisco Encina, Alberto Edwards y Jaime Eyzaguirre? Ellos plantearon un modelo político de Chile y eso se popularizó enormemente. Todos lo aceptaron, incluso la izquierda.

—¿Ellos inventan la historia de un país, y nosotros creímos en ese país imaginario?

—La izquierda tuvo una ceguera tan grande que también lo creyó así, y se puso a atacar a Portales como si fuera un personaje actual. La derecha chilena ha tenido los mejores historiadores, y fue capaz de plantear un proyecto político basado en los datos históricos. Pero no estoy de acuerdo en absoluto con esa visión.

—¿Significa que tenemos que revisar toda la historia escrita sobre Chile?

—Entera, y eso es lo bendito que tiene la historia. Que deje la posibilidad de rehacerlo todo a las generaciones que vienen.

—Detengámonos en su libro “Santiago de Chile”. En relación a él, dijo que “la falta de memoria histórica colectiva es uno de los principales errores cometidos en el Santiago del último tiempo”, y allí narra hechos recientes como el asalto a La Moneda, el 73. Pero, para eludir la controversia, señala: “no doy ningún juicio, los historiadores no tenemos derecho a hacer juicio rotundo”. ¿Cómo así?

—No somos jueces, nosotros contamos nuestra visión. Por supuesto, tenemos nuestro modo de ver las cosas y, por lo tanto, vamos a contarla a nuestra manera, pero es distinto dar juicios.

—¿Cómo enfrenta un historiador los últimos 20 años? Esa es historia reciente.

—Siempre es historia.

—¿Y de qué manera puede recrear el asalto a La Moneda, por ejemplo, eludiendo la carga emocional, política, de un país que no logra mirar su pasado?

—Gracias a ustedes, los periodistas que son los que han dejado testimonio de todos los detalles, minuto a minuto. Por ejemplo, el libro de Ignacio González Canus es excelente, como técnica; es un documento histórico. Ahí podemos afirmar que son hechos incontrovertidos, que a las 7.00 pasó tal cosa, a las 8.00 otra, por eso el deber del periodista es como el del cronista de la Edad Media, o de la Conquista, que iba relatando

—Todo lo que hay para atrás, hasta Portales, es un mito gigantesco, un gran fraude. El PRI queda chico comparado con lo que hacían los presidentes para elegir a su sucesor en el siglo XIX.

—Usted es un historiador particular, se lo ve atrincherado en la Universidad Católica y muy tranquilo, pero si uno empieza a revisar sus declaraciones y a leer sus escritos, hay sorpresas. Por ejemplo, cuando dice que los historiadores están siempre “contaminados”, o cuando agrega que “la historia no es una fotografía de lo que pasó, cambia según el punto de vista con que la vio el historiador”. ¿Eso significa que hay que tener una posición más o menos irreverente en relación a la metodología habitual del historiador?

—O una visión totalmente distinta de la que se ha tenido generalmente.

—Entonces, se podría empezar a dudar de lo que ha sido el recuento de nuestra historia pasada y presente, si nos atenemos a lo que han escrito los historiadores tradicionales.

—Creo que los historiadores necesariamente estamos más cerca de los novelistas que de los científicos puros. Porque el científico puro pretende en un laboratorio mezclar esto con lo otro, para producir un resultado

fielmente los hechos. El historiador pesca todos estos hechos y los reinterpreta, basándose en ellos, a menos de que tenga otras pruebas.

—Por eso usted dice, refiriéndose a la muerte de Allende: "esto fue un suicidio, y si me demuestran lo contrario yo diré que me equivoqué"?

—Exactamente. Todavía hay versiones. Conversé con el Dr. Jirón y le pregunté. El fue testigo presencial, no tengo por qué dudar eso. Yo prefiero la versión del suicidio a la del asesinato por muchas razones. Entre otras, porque el suicidio es la tradición política de los presidentes chilenos cuando fracasan, y la única forma de lavar era pegarse un balazo. Eso hacían los caballeros.

—¿O sea que la historia del 73 en la Moneda era predecible?

—Allende había anunciado en todos los tonos que él no iba a salir vivo de ahí. Eso corresponde a nuestra tradición. Los caballeros lavaban su honor con la vida, y él era tan aristócrata como todos los otros que estaban peleando en su contra.

—¿También es una historia predecible en cuanto a la resolución de sus conflictos? De acuerdo con su libro "Ruptura del Viejo Orden Hispanoamericano", cuando Carrera da el golpe y pelea con O'Higgins, después ambos se reconcilian... Es previsible un final feliz si, finalmente, quienes protagonizan la historia son todos oligarcas, o del mismo tronco.

—En el año 1891, la división de la sociedad chilena fue similar a la que hubo en 1973. El Presidente Balmaceda se suicidó, su familia tuvo que salir al exilio, su madre incluso fue escupida a la salida de la Catedral. Pero ese período fue más corto. En éste, han sido veinte años en que se han prolongado las odiosidades, a diferencia del otro que duró cinco o diez años, pero donde la separación entre las familias continuó por lo menos hasta 1920 ó 1930, manteniendo rencores y odiosidades, y creo que hasta el día de hoy.

—Con este ejemplo se puede hablar del péndulo de la historia, de que hay corrientes que vuelven.

—Pero la historia no se repite.

—¿Qué explica entonces, la recurrencia de ciertos fenómenos?

—Diría que el espíritu del país, de la gente y de su sociedad, que tiende a repetir sus actitudes. Es como su carácter, así como uno tiene explosiones de buen o mal humor que repite frente a las mismas circunstancias. Por eso yo hablo de la falta de memoria colectiva. Seguimos repitiendo las mismas actitudes porque no tenemos idea de lo que pasó antes. Hay dos tipos de historia, una que es erudita que es la que hemos estado discutiendo ahora, pero hay otra que es la que se le enseña al grueso de la gente. Esa es una historia realmente vomitiva, espantosa, con cuatro o cinco héroes y algunos lugares comunes y chascarros. Esa mala historia hace que la gente no tenga idea de su historia.

—Por eso cuando presenta el libro sobre Clotario Blest, escrito por Mónica Echeverría, se refiere al concepto de antihistoria como aquella que tiene que ver con los que no son los héroes tradicionales, o con fenómenos sociales no recogidos por la historia oficial.

—Es un acto colectivo o individual en que ciertos héroes tienden a ser olvidados, y de hecho estamos todo el tiempo desenterrando gente. Si presumimos que los grandes historiadores realmente destacaron ciertos personajes que les interesaba destacar porque coincidían con su tesis histórico-política, los otros tenían que quedar necesariamente sepultados. Le puedo tirar nombres absolutamente desconocidos: Juan Nicolás Álvarez, llamado "el diablo político", de mediados del siglo XIX, un personaje espectacular, explosivo, terrible. Una verdadera pulga en el oído, un hombre al que todo el mundo conocía en su época. Sin embargo, hoy lanzo ese nombre y nadie sabe quién es.

—¿Qué otros nombres desenterraría del olvido?

—Valentín Letelier es más conocido por-

que es calle, y habiendo calle se sabe un poco. Actualmente estoy haciendo un diccionario biográfico chileno. Llevó 5.700 nombres de los últimos 100 años. Ahí están todos los miembros de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial; en total, en 95 años hemos sido gobernados formalmente por 5.700 personas, lo cual, dividido por generaciones, son unas 700 por generación.

—¿La responsabilidad de estas ausencias está en contrapunto entre una historia oficial y otra que no existe?

—No sé, ese nombre es un poco peligroso... ¿La historia oficial es la que se enseña en los colegios?

—Es aquella escrita por dos o tres historiadores "oficiales" que dan una visión muy sesgada y que oculta la información de una historia más amplia.

"Creo que América Latina es demasiado importante para el mundo, y tiene tres opciones. Una, lograr ser autónoma en el sentido real de la palabra; la otra, caer en manos de Europa occidental o de Estados Unidos, reeditando un colonialismo que viene de Colón para adelante; y la tercera, es una explosión espantosa que va a significar su destrucción y la pérdida de toda posibilidad de tener un futuro".

—Entonces, sería la que es aceptada realmente por los niveles oficiales del gobierno.

—Por lo tanto, la que se enseña en los colegios y la que aprenden todas las generaciones. ¿Qué pasa con eso?

—Es una de las causas por la cual nosotros no sabemos historia, porque está tan mal enseñada y es tan poco atractiva. El año pasado, el 20 de agosto, fui a dar una clase magistral a Curicó. Estaba lleno de invitados en la primera fila, especialmente militares, y yo me largué. Los chiquillos del colegio estaban entusiasmados: por primera vez había la posibilidad de estudiar algo que no fuera esa lata espantosa de todas esas prozas de O'Higgins...

—¿Cómo era la cara de la primeras fila?

—La sonrisa helada, pero sonriosa... En la medida que hagamos una crítica constructiva, positiva, es posible avanzar en la historia, si queremos ser un país de historiadores, como se dice que somos... La última historia de América, escrita por chileno, fue hecha por Diego Barros Arana en 1865. Hace 129 años. Resulta que en todos esos años no se había hecho una historia de América escrita por chilenos; por lo tanto, la historia de América que se enseñaba era casi inexistente. Si usted enseña una historia de Chile ya reducida a su mínima expresión y a la más pedestre, y no enseña historia de América, no está enseñando nada, porque una sin la otra no existe.

—En el segundo tomo de su historia de América, usted analiza el fenómeno del caudillismo, al parecer lejano de Chile...

—Yo creo que también tuvimos caudillos. La definición de caudillo es muy amplia, caben muchas cosas. Los Carrera eran caudillos.

—Eso marca un tipo de liderazgo político, pero están los Carrera, y por otro lado está O'Higgins.

—O'Higgins era el anti caudillo. Era un hombre pesado, aburrido, no tenía carisma. Aunque ahora en los cuadros "patrióticos" lo pintan con una espada y con todo el pueblo siguiéndolo, y eso es falso. No era un hombre popular. A él lo puso en el cargo la aristocracia de Santiago, que lo echó cuando a los seis años se aburrió de él, de manera que tuvo que abdicar e irse. Portales sí era un caudillo, muy *sui generis*, pero caudillo al

fin. El caudillo no tenía por qué ser militar, y de hecho ninguno era militar. Se ponían charreteras; se nombraban ellos mismos generales y salían adelante de la tropa, en el resto de América Latina. Y explico en el libro que en el mismo momento están Perú, Bolivia y Chile, países que están unidos, quieránlo o no, e incluso la suerte de uno determina la de otro. Habían tres caudillos: Gamarra, en el Perú; Santa Cruz, en Bolivia; y Portales, en Chile. Los dos primeros, militares, y el otro, civil.

El buen juicio chileno

—¿Por qué, en relación al pensamiento político de la emancipación, no es en Chile donde surgen o se debaten primero estas ideas libertarias?

—Es por la solidez de este grupo social que domina al país muy fuertemente. Era un

grupo que no tenía gran vuelo y, en realidad, nunca lo ha tenido. No lo tenía ni en materia ideológica, ni política. Era muy ignorante, probablemente, pero tenía "buen juicio". Eso lo reivindicó de la versión de don Francisco Encina y de don Jaime Byzaguirre. Tenía buen criterio, pensaba muy bien las cosas. Pero Bolívar era el trópico desatado! ¡Era una maravilla ese hombre! Posela gran creatividad y tiene una trayectoria notable. Bolívar era admirador de Napoleón y lo conoció personalmente, porque estaba en Francia. Pero se desilusionó cuando lo vio coronarse emperador en la catedral de Notre Dame.

—No hemos tenido personajes similares en nuestra historia...

—No, y Bolívar es el genio único.

—Pero no estaba solo, porque revisando las cartas de la época sí tenía sus interlocutores entre los intelectuales de otros países del continente.

—Lo que ocurre es que Bolívar tenía el

SEBASTIÁN RÍOS, CASA COLONIAL



talento, el genio, era un hombre maravilloso, al nivel de Napoleón Bonaparte o más, pero no tenía un pueblo que lo siguiera. En cambio, aquí no hubo ninguna de esas lumbreras, pero había un pueblo con bastante sentido común...

—¿Reivindica el sentido común del chileno?

—No del chileno, sino el sentido común de esa aristocracia. Porque con los recursos del país era imposible soñar nada, y la única forma de conseguir un país manejable era usar los pocos elementos que se tenían y conformarse con una medianía. Pero lo que le pasó a Chile fue una suerte muy grande: que el año 1832, recién pasada la Independencia, se descubriera la plata de Chañarillo. Y Chile fue el primer país de América Latina que tuvo plata para pagar su administración pública, su ejército y sus cosas. Ese es otro elemento, junto con el sentido

común, que ayuda mucho.

—¿Y cómo se ilustra ese sentido común?

—Por ejemplo, haber traído a gente como don Andrés Bello, Ignacio Domeyko y a alrededor de cien o más intelectuales, lo mejor que había en América Latina y en el resto del mundo, para ayudar a construir esto. Había plata, había un orden...

—¿Y faltaba el talento y eso lo importaron?

—Claro. Y esa conjunción permitió que este país funcionara.

—Con la posindependencia, cuando se plantea la búsqueda de un nuevo orden y viene el enfrentamiento o la interrelación entre liberales y conservadores, leyendo su libro se percibe que más que el triunfo de los liberales aquí hubo un trasvase de ideologías, cuyo resultado es esta sociedad muy estructurada y normada.

—Y ocurrió no sólo en Chile sino en toda América Latina y España. Hubo una explosión, se abrieron las puertas y apareció una serie de gente en política que nunca había actuado, como es el caso de los liberales. En España terminaron aplastados por Fernando VII y en América Latina también fueron aplastados. Pero no había una ideología clara, eran muy pocos los liberales que hablaban de Adam Smith, Locke y otros. Y al igual que los conservadores, eran gente más bien práctica, no de grandes ideas o debates políticos. A diferencia de los intelectuales, porque Bello enfrentado con Sarmiento o Lastarria, sí producía gran vuelo, pero eso no tocaba a la masa, ni a la élite.

—En la lectura del pasado surge el destino de Chile muy entrelazado con el del continente, pero esa visión no es clara hoy. ¿Es que nada tenemos que ver con Chiapas, y con los levantamientos en Argentina, Caracas o con los fenómenos de Perú y Bolivia, por ejemplo?

—Tenemos mucho que ver. La única diferencia es que en Chile se desarrolló hace más tiempo que en los otros países de América Latina este neoliberalismo. Y las otras diferencias son aquellas naturales que ha tenido con los otros países de América Latina. Digamos que Chile ha sido más ordenado, más disciplinado...

—Salvo una salida de madre por ahí...

—¡Todos la tienen! ¡Todos tienen su cana al aire! Pero eso no quita que sea un país muy disciplinado. Por eso las cosas funcionan aquí mejor que en otras partes. Pero son diferencias pequeñas, porque creo que la América española, o la América latina, está sentada sobre un volcán que no se sabe por dónde va a estallar. La gente no le ha tomado el peso a esas atroces diferencias económicas, sociales y jurídicas que existen entre una parte de la población y la otra. Un continente dividido en dos grupos humanos no puede seguir funcionando válidamente por mucho tiempo más. Y esto todos lo dicen. La Iglesia, alguna pastoral para la pobreza, los economistas, los discursos de la OEA, pero no se hace nada concreto en este sentido. ¿Cómo no va a ser sintomático que en México, el mismo día primero de enero cuando entraba el Nafta en vigor, todo estallara como si fuera naftalina y apareciera Chiapas? Y Argentina, con su noreste que es tan pobre. Creo que América Latina es demasiado importante para el mundo, y tiene tres opciones. Una, lograr ser autónoma en el sentido real de la palabra; la otra, caer en manos de Europa occidental o de Estados Unidos, reeditando un colonialismo que viene de Colón para adelante; y la tercera, es una explosión espantosa que va a significar su destrucción y la pérdida de toda posibilidad de tener un futuro. Veo esas tres posibilidades, y no como político sino como historiador.

—¿Con qué parámetros las percibe?

—Sumando con el veto histórico, como lo hacemos nosotros frente a las cosas que ya ocurrieron, que es nuestro campo propio de acción. Sin embargo, también podemos sumar cosas que ya son conocidas por nosotros, y que se están repitiendo, porque los pueblos reaccionan de la misma manera. ■